Algunas notas sobre el sentido y la trascendencia del pensamiento del Libertador Simón Bolívar relativo a la unión iberoamericana

Hermann Petzold-Pernía
Director de la División de Estudios de Postgrado de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad del Zulia.

Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Nº 89
Universidad Central de Venezuela
Caracas, 1993
Resulta indiscutiblemente pertinente plantearse, en las postrimerías del siglo XX, si el pensamiento de Simón Bolívar es significativamente relevante y trascendente para los pueblos de América Latina, máxime si se toma en cuenta, por una parte, que los habitantes de los Estados que la integran, hemos sido, por lo general, testigos y consumidores, pero, muy excepcionalmente, protagonistas y autores de los maravillosos descubrimientos y fantásticos inventos que han decididamente contribuido a la acelerada transformación tecnológica que ha caracterizado a la época posterior a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, y, por la otra, que la participación y el papel jugado por las naciones iberoamericanas y sus principales dirigentes y líderes, en los históricos cambios políticos, económicos y sociales acaecidos durante la última década, en el mundo, han sido tristemente escasos y secundarios. Hemos estado, para emplear palabras del mismo Bolívar, “abstraídos, y digamoslo así, ausentes del universo”.

Además, es indudable que los países de América Latina, en el ámbito económico-social han retrocedido, en los años ochenta, con relación a los índices y niveles alcanzados en la década de los setenta, cuando se pensó que, definitivamente, algunas de las naciones de la misma, estaban a punto de ingresar, irreversiblemente, al exclusivo club de los países desarrollados. Empero, esto no ocurrió, sino que, por el contrario, hoy contemplamos a una América Latina oprimida por una deuda externa de aproximadamente 420.000 millones de dólares estadounidenses y estancada en su desarrollo económico-social.

---

1 “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”, fechada en Jamaica el 6 de septiembre de 1815, en BOLÍVAR, Simón; Obras Completas. Caracas; vol. I, No. 125, p. 166.
Actualmente, salvo en el caso de dos o tres países, las perspectivas, a corto plazo, de los Estados latinoamericanos -incluso sin tener en cuenta los negros nubarrones que se ciernen sobre el futuro político, económico y social de las naciones eufemísticamente llamadas “en vías de desarrollo” del Tercer Mundo, por causa, entre otros factores, de la agobiante deuda externa- no son promisorias ni halagüeñas, ya que, si bien ha habido un evidente progreso político representado por la desaparición de las dictaduras militares -y su correspondiente sustitución por regímenes democrático-representativos- en el cono sur del continente, y los procesos de pacificación en marcha tendientes a solucionar, democráticamente, los conflictos y guerras civiles de Centroamérica, las crecientes y escandalosas desigualdades sociales provocadas, entre otras causas, por la recesión económica, el aumento del desempleo, la galopante inflación, la exagerada liberación económica, etc., amenazan seriamente la pervivencia no sólo de los regímenes constitucional-democráticos recién instaurados sino incluso la de aquellos que se suponía consolidados, desde hace ya varios años, en Iberoamérica.

Ante este incierto y oscuro panorama latinoamericano, ¿qué puede, hoy, decir Bolívar, a través de sus proclamas, discursos, mensajes, cartas, artículos periodísticos, decretos, etc., a quienes tratan de dar respuestas razonables a las interrogantes que se plantean en la acuciante búsqueda de un mejor futuro para los hombres y mujeres de Hispanoamérica? Opinamos que mucho, ya que el padre de la Patria fue, por una parte, un perspicaz observador del desarrollo histórico-social del Nuevo Mundo y un insigne conocedor de las condiciones políticas, económicas, sociales, étnicas, culturales, geográficas, ecológicas, etc. de los países iberoamericanos, y, por la otra, un hombre que enfrentó, con excepcional coraje y genial visión histórica, muchos de los problemas, conflictos y actitudes egoístas y antipatrióticas, que aún perviven entre quienes fungen como conductores de nuestras naciones.

Bolívar combatió sin tregua contra varios de los vicios que todavía en la actualidad entranaban el eficaz funcionamiento de los regímenes políticos de América Latina, y que, como él lucidamente lo previó, se constituyeron en cánceres que siempre han afectado la evolución político-constitucional de los Estados que la componen, con detrimento de su estabilidad política y social y la plena vigencia de las libertades públicas fundamentales.
El Libertador, plenamente consciente de los limites ontológicos que le presentaba la realidad específica de cada uno de los países emancipados bajo su magistral conducción, hizo ingentes esfuerzos para organizarlos política y jurídicamente, de acuerdo con la misma, pero pensando siempre que sólo con la “unidad en la América meridional”2, ésta podría conservar, tanto en sus componentes como en su totalidad, la integridad territorial y la plena soberanía. Por ello, planteó que ese “pequeño género humano”, que es la América hispana, se constituyese en “la más grande nación del mundo”3, pues, “una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad”, razón por la cual había que suscribir un “pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, y la madre de las repúblicas”4.

Entonces, según Bolívar, los países liberados del yugo español, debían formar “una nación de Repúblicas”5. Y, para lograrlo, este “alfarero de repúblicas”6, como él mismo se denominó, dada su condición de “regulador de toda la América meridional”7, convocó al Congreso confederal del istmo de Panamá (celebrado en 1826), pues, convencido como estaba, “que el movimiento del mundo lo acelera todo, pudiendo también acelerarlo en nuestro daño”8, consideraba indispensable “una confederación cordial” de todas las naciones hispanoamericanas, “de tal modo, que no parezcan en calidad de naciones, sino de hermanas, unidas por todos los vínculos que nos han estrechado en los siglos pasados, con la diferencia de que entonces obedecían a una sola tiranía, y ahora vamos a abrazar una misma libertad con leyes diferentes, y aun

---

4 “Comunicación al excelentísimo señor supremo director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín Pueyrredón”, fechada en Angostura el 12 de junio de 1818, en Ibidem, No. 253, p. 294.
8 “Comunicación a los gobiernos de las Repúblicas de Colombia, Méjico, Río de la Plata, Chile y Guatemala”, fechada en Lima el 7 de diciembre de 1824, en Ibidem, No. 816, p. 53.
gobiernos diversos; pues cada pueblo será libre a su modo y disfrutará de su soberanía, según la voluntad de su conciencia", ya que si, como proféticamente lo anunciara, "la América no vuelve sobre sus pasos, si no se convence de su nulidad e impotencia, si no se llama al orden y a la razón, bien poco hay que esperar respecto de la consolidación de sus gobiernos; y un nuevo coloniaje será el patrimonio que leguemos a la posteridad".

Así, pues, si bien el Libertador fue siempre opuesto al establecimiento del sistema federal, inspirado en el modelo estadounidense, en los países liberados bajo su insigne dirección, no lo fue al régimen confederal, como lo demuestra la convocatoria al Congreso de Panamá, ni a una unión federativa sui generis de Colombia (la Grande), el Perú y Bolivia -que se ha llamado la "Federación de los Andes-" promovida contemporáneamente con la celebración de aquel congreso, puesto que el telos, tanto de su política internacional como de la interna, fue siempre la unidad hispanoamericana.

En conclusión, en el pensamiento y en la acción del padre de la Patria es evidente la presencia permanente de un conflicto dialéctico entre su utopía política y jurídica y la realidad existencial concreta y multifacética de los países iberoamericanos, que él razonablemente trató de resolver, a fin de evitar lo que realmente acaeció durante todo el pasado siglo y buena parte del actual, cuando "todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia, y ¡desgraciados de los pueblos! y ¡desgraciados de los gobiernos!". Nos corresponde, entonces, a los latinoamericanos de hoy, investigar e inspirarnos en la teoría y en la praxis bolivarianas, a fin de descubrir el camino que nos permita alcanzar y realizar la utopía de la auténtica integración política y económica de Hispanoamérica, y poder así, algún día, decir: "Ví un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido" (Ap 21,1).

9 "Comunicación al señor J. Hipólito Unanue", fechada en Plata el 25 de noviembre de 1825, en ibidem, No. 999, p. 279.
11 El concepto de utopía, que manejamos en este breve trabajo, es el de una idea socialmente realizable y no aquél, fundado en la concepción tradicional de la misma, que entiende por utópico lo que supuestamente nunca podrá llegar a plasmarse en la existencia histórico-social concreta, por lo que podemos decir con el poeta francés Lamartine: "Les utopies ne sont souvent que des vérités prématurées" (cf. MANNHEIM, Karl; Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento. Trad. del inglés por Eloy Terrón. 3a. ed. Madrid, Aguilar, 1973, pp. 195-196).
12 "Comunicación a S.E. el general Juan José Flores", fechada en Barranquilla el 9 de noviembre de 1830, en Obras..., vol. VIII, No. 3207, p. 502.